

El Rancagüino, Rancagua, 26-III-1994 p. 4.

ROF9161

Vigencia de Oscar Castro

"Si acercáis el oído a su frente serena, sentiréis un
rondar de planetas y abejas". (O. Castro).

Necesitamos acercar nuestro oído a su frente serena de eternidades.

En medio de nuestro mundo que se muere de tedio y sobreabundancia en lealtad, necesitamos la voz de Oscar Castro "remolino de linos y sollozo de tréboles", el único capaz de "tejer gobelinos" de música, una tarde otoñal, con telares de lluvia". Son sus palabras, sus pensamientos llenos de gentil armonía los que nos invitan hoy a recordar su natalicio. Nacido en un incipiente otoño rancagüino, con la sencillez de los juncos que se mecen en sus versos y con la apacible luminosidad de los luceros que iluminan sus narraciones, las noches de sus viajes hasta el alba, Oscar está presente hoy para llamarnos a escuchar el sermón de los tréboles, para desvelar con su espíritu siempre joven a los niños que preguntan a su madre por qué suenan las campanas mojadas por la aurora. Nos hace bien recordar a este hombre que hizo de la pluma el riel de acero puro por el cual se deslizara ágil y diáfano el más sentido pensamiento. Necesitamos mantener vigente su memoria y la riqueza insondable de su obra. Es necesario salvar ese mundo interior amenazado por la mañana pegajosa, asfáltica y ponzoñosa que nos empuja a permanecer como esclavos de un mundo rutinario y sin sentido. Su literatura nos devolverá la capacidad de admiración. Su poesía nos llevará a comprender que el aroma de la flor, el canto de las aves, el murmullo del viento, el sol enrojeciendo en el ocaso, las cosas simples de la vida, nos proporcionan satisfacciones más puras y alegrías más sanas que el fascinante, pero cálido mundo, donde todos nos cosificamos o nos transformamos en autómatas. El poeta nos invita a dejar las tinieblas donde pululan los monstruos de nuestra miseria espiritual y nos abre las puertas de un jardín luminoso donde canta para nosotros, como el pájaro de su poema: "Loco de melodia, abrio de azules vinos, reviviendo y muriendo al fondo de mi mismo".

Es oportuno, entonces, que en estos días de marzo, al recordar el nacimiento de nuestro poeta, abramos sus libros de versos, sus novelas, nos asomemos al mundo de sus cuentos. Sintámonos cómplices de la cabra que se comió las madreselvas y las albahacas. Sigamos con apacible mirada y respetuoso silencio, el fúnebre cortejo del campesino "de lento mirar", que nunca supo de playas ni de olas, pero que ahora recibe el canto elegíaco de tréboles y alfalfas. Póstumo tributo para el hombre que cosechó la "ajena heredad" pero que se durmió con el alma henchida de paz, porque cumplió su tarea, la tarea de todo hombre: Trabajar.

Es hora que con Oscar regresemos a casa, donde aguardan nuestra madre y nuestros hermanos y que en el camino nos toquemos con ese bandido que en medio del espinoso cardo de su maldad, tiene, todavía, una chispa de hidalguía y bondad, porque era todo un hombre. Desvelados con Lina, con Laura, con Mercedes en la casa de las guitarras, con Isolda, "para que no me olvides", sintamos latir el corazón de la mujer chilena, tan diestramente trazada y dibujada en las novelas y cuentos de Oscar Castro. Mujeres de nuestro pueblo, humildes madres, hermanas cariñosas, amantes furtivas, meretrices que en su degradación y marginalidad, tienen un gesto noble, una actitud humana, una pizca de ternura.

Vamos con Oscar de la mano. Nos llevará a la Comarca del Jazmín, donde trasciende la inocencia y el poder lúdico de los niños. Acaso en premio de los "descubri-

mientos" singulares que hagamos con Juanito, nos lleve la orilla de los sueños, a contemplar el barco pirata que, surcando el agua azul de la laguna, entre gráciles y esbeltas espadañas, se lleva en la cubierta las ilusiones de nuestra adolescencia. Subiremos con el poeta, cuentista fino y de grato discurso, hasta la montaña donde se embrutece el hombre, a fuerza de querer arrancarle sus entrañas rojas. Sufrirémos la siniestra aventura de los personajes de ese "Llampe de Sangre"; la imposibilidad de rendirse y arrancar de su destino de Eleina Cáceres y una vez más se colmará Sewell de mineros y pillará el tren bajando y subiendo la montaña, con el vientre preñado de hombres y mujeres que tratan de huir de su sino, cual nueva versión de Jonás que, en su fuga, sólo logra el calabozo abisal, la oscura cárcel, en la entraña de una ballena.

Sobre todo, disfrutaremos con el campesino que nos invita al valle donde vive, "demarcado por luceros", donde hay siempre una mano generosa que ofrece el pan fragante florecido con las brasas de un horno de barro y un vaso de vino, recompensa -como ctóna- en la medieval y monástica edad de Berceo, para los que escriben un verso y se deleitan con el trovadoresco canto de la naturaleza.

Oscar no trae sus personajes sin rencores secretos. Con fidelidad los va engarzando en las joyas de su poesía o de su prosa. Agricultores humildes que ven peligrar un cosecha y se acogen al conjuro; patronos bondadosos o despóticos, mujeres agobiadas por la prolija e interminable maternidad, ramerías a las que no ha podido arrancarse la maldad de los hombres ni el desprestigio de su oficio, un corazón capaz de compasión y solidaridad.

Nos asomamos a la vida íntima y demasiado "simplemente" narrada de la infancia y adolescencia del poeta, identificado en Roberto, el muchachito que aprende a leer solo, que se aventura, tímido y ansioso en una biblioteca pública, que crece luchando contra un enjambre de dificultades y necesidades. Vida parecida a la de tantos niños marginados de nuestro medio, acosados por el hambre, la ignorancia, el vicio, la miseria abrumadora.

Debemos redescubrir a nuestro poeta. Su alma vibra con los mismos líricos acentos del granadino García Lorca, el enamorado de la música y del paisaje de Andalucía, poeta de gitanos, toreros, lunas y libros: "Viva moneda que nunca se volverá a repetir". Y si miramos más atrás, en el espejo del tiempo, veremos como la figura grave de D. Luis de Góngora y Argote, con su ensortijado lenguaje barroco, como en mágico alambique, fábrica el licor finísimo de una poesía magistral y señorial. Cuando se debe de esas fuentes, siendo como se es, "Poeta por la gracia de Dios", sólo se puede afirmar que Oscar no es la hiedra que se apoya en el laurel robusto, no el musgo que medra en la humedad del muro; Oscar es el jilguero que equipara su hidalguía y la potencia de su canto con el raudal sonoro de esos dos rulseñores cuya melodía todavía nos estremece de placer y de admiración incontenibles. Vayamos por el "Camino del Alba" sintiendo en nuestro espíritu el rocío que hace florecer el trébol. Sabremos que el verso del poeta Oscar Castro encendió las estrellas. Estrellas que va podando el grillo con azules tijeras. Nos trae canciones maduras, canciones recién cortadas. Oscar es el vendedor de canciones. En sueños, escuchemos su pregón. Nos quedará en el alma como un olor a manzanas.

Mario Noceti Zerega.

Vigencia de Oscar Castro [artículo] Mario Noceti Zerega.

Libros y documentos

AUTORÍA

Noceti Zerega, Mario

FECHA DE PUBLICACIÓN

1994

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Vigencia de Oscar Castro [artículo] Mario Noceti Zerega.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile

Mapa